

mente reaccionaria y por una farsantería que sería cómica si no estuviese mezclada con terrores de Apocalipsis» (*Art. cit.*).

De Francia solamente recibe la cultura contemporánea: sensualismo, anarquismo, pornografía, decadentismo y pedantería aristocrática. Al pensar así, Machado está haciendo una puntual paráfrasis del libro de Unamuno, pero falta —por completo— el comentario crítico al libro.

En 1922 publicó Machado en *La Voz de Soria* una brevísima nota sobre Unamuno:

«Para curarnos de la melancolía literaria no hay como leer a Unamuno. He aquí el gran llavero que no viene a cerrar, sino a abrir (...) avanza, en efecto, don Miguel, abriendo puertas y dejando siempre la llave en la cerradura» (*La Voz de Soria*, 1-IX-1922).

Años más tarde, 1937, refiriéndose a la muerte de don Miguel, caracterizó —certeramente— las invariables de su vida y obra: le da —sin reservas— el título de filósofo que le habían negado y aún lo considera precursor de la metafísica existencialista, que renace en Europa en los últimos años de Unamuno. Incide en algo que era vital en Unamuno: la no resignación ante la muerte, su antisenequismo y su no estoicismo; a la vez que intenta una recuperación para la causa popular (Madrid: *Cuadernos de la Casa de Cultura*, 1-2-1937) (27).

En artículo publicado en *La Gaceta Literaria* (79, Madrid, 1930), Machado traza un apasionado retrato político de don Miguel, situándolo por encima de partidos, por encima del mero afán de acaudillar a las masas, aunque con un profundo amor al pueblo y respeto a los valores del espíritu. Político sin máscara, revulsivo de conciencias, ya con una extensa obra a la que Machado otorga funciones muy concretas:

«El ha iniciado la fecunda guerra civil de los espíritus, de la cual ha de surgir —acaso surja— una España nueva. Yo le llamaría el vitalizador, mejor diré, el humanizador de nuestra vida pública» (*Art. cit.*).

Las cartas que escribe Machado a Unamuno se ocupan casi siempre —en exclusiva— de problemas políticos y religiosos, volviendo, una y otra vez, sobre motivos recurrentes que preocupaban a Macha-

(27) Con ligeras variantes reproduce este comentario en «Carta a David Viglidsky» en «Hora de España», núm. 4 (abril, 1937), pp. 245-250 (5-10 del número).

do: ataques a la Francia reaccionaria y al reaccionarismo en general; beocia nacional; indigencia cultural y espiritual; vaticanismo, clericalismo y falsa religiosidad del pueblo hispano; alabanza del republica- nismo..., etc. (28). No es una correspondencia entre «literatos», pocos juicios sobre las bellas letras, para prestar atención a problemas más acuciantes e importantes en la vida nacional. Nunca largas discusio- nes literarias, ante aspectos de la vida nacional que se imponía con mayor urgencia a los corresponsales. De cuando en vez, Machado deja deslizarse algún juicio literario o paraliterario y elogios a la obra del que considera su maestro:

«Su composición 'Bienaventurados los pobres' que me ha he- cho llorar» (¿Baeza, 1913? A. de Albornoz: *Antología*, I, p. 102).

«leí su composición sobre el Cristo de Palencia, que encierra tanta belleza y tanta bondad como esta del éxodo del campo» (*Ibidem*).

«He dedicado mucho tiempo a leer y comentar sus libros. Toda propaganda de ellos me parece poca. En Soria fundamos un perio- diquillo para aficionar a las gentes a la lectura y allí tiene usted algunos lectores» (*Ibidem*, p. 103).

«comprendo también su repulsión por esas mandangas y garlibor- leos de los modernistas cortesanos» (*Ibidem*, p. 104).

«(...) los hombres que van dejando huella en el alma nacional, como usted y Costa en nuestra época, son aquellos que más desafinan en el concierto cortesano y los que no han buscado la cultura hecha (...). Su voz parece ruda y extemporánea, pero, al fin, comprendemos que estaban a tono con realidades más hondas y verdaderas» (*Ibidem*, p. 105).

A pesar de lo que decía hay una carta (Baeza, 16 de enero, 1918) que —en gran medida— es un comentario extenso a una obra de Miguel de Unamuno: *Abel Sánchez*, aunque ésta sea —también— el gran pretexto para una extensa meditación cordial y sentimental so- bre el cristianismo, una emocionada visión de Cristo por el mismo Machado que tanto había escrito sobre el clericalismo, el vaticanismo y la falsa religiosidad que olía a cera y sacristía.

Me interesa presentar el juicio global que sobre *Abel Sánchez* formula Machado:

«Recibí su *Abel Sánchez*, su agrio y terrible Caín, más fuerte a mis ojos que el de Byron, porque está sacado de las entrañas de nuestra raza, que son las nuestras, y habla nuestra lengua mater- na. Bien hace usted en sacar al sol las hondas raíces del erial humano; ellas son un índice de la vitalidad de la tierra y, además,

(28) Para las cartas de 1913, 1915 y 1921, véase A. de Albornoz: «Antología I» (citada), p. 102

es justo que se pudran al aire, si es que ha de darse la segunda labor, la del surco para la semilla (...). Es un capítulo del libro de las generaciones, o sea del libro del amor del hombre a sí mismo y a su prole (...). Yo no veo en este libro fundamental sino la gran lucha del hombre para crear el sentimiento de la fraternidad, que culmina en Jesús» (A. de Albornoz: *Antología*, III, páginas 140-141).

Como decía, el libro de Unamuno es excusa y acicate para que Machado nos presente sus propias ideas sobre el cristianismo y el amor. Proclama que entre el corazón y la cabeza él toma abierto partido por el primero y en este sentido se acerca a la doctrina de Cristo que:

«nos reveló valores universales que no son de naturaleza lógica, los nuevos caminos de corazón a corazón por donde se marcha tan seguro como de un entendimiento a otro» (*Ibidem*, p. 144).

La piedra angular de la doctrina de Cristo es para Machado —y este es el sentido último que él ve al *Abel Sánchez*— la humildad en contra del espíritu del cainismo. El amor que Cristo ordena es un amor sin orgullo, sin deleite en nosotros y en nuestra obra; es decir, no se trata de amar al prójimo porque veamos en él un espejo de nosotros mismos, eso sería narcisismo anticristiano. Machado quiere ver en *Abel Sánchez* la proclamación de la fraternidad que culmina en Jesús y que sólo puede aparecer cuando el hombre es capaz de superar el ciego impulso de la generación, frente a Caín que «es también un semental». Pero reconoce Machado que, a pesar de Cristo, el cainismo perdura:

«pasa del individualismo a la familia, a la casta, a la clase, y hoy lo vemos extendido a las naciones, en ese sentimiento tan fuerte y tan vil que se llama patriotismo» (*Ibidem*, p. 142).

Considera Machado que *Abel Sánchez* —en este tornar frecuente de Unamuno al Viejo Testamento— es el libro precristiano para expulsar de nuestras almas al gorila genesiaco que todos llevamos dentro y urge a don Miguel a que escriba su novela cristiana. De la honda impresión que causó en el alma de Machado, estimulando reflexiones, es buen testimonio la calurosa imprecación con que termina su carta: ¡Guerra a Caín y viva el Cristo! Todavía volverá a insistir Machado —en varios lugares— sobre el cristianismo y el profundo conocimiento de Cristo que tenía Miguel de Unamuno (29).

(29) Véase A. de Albornoz: «La presencia de M. de Unamuno» [citada], pp. 83 y ss.

En otras cartas (30) Machado confiesa a Unamuno su gran admiración y devoción por su *El Cristo de Velázquez*, pero sin detenerse a comentar ni a enjuiciar la obra. También en una carta de 1922 (31), Machado comunica a Unamuno su lectura de *Andanzas y visiones españolas*, tras haber leído *Por tierras de Portugal y de España*. Le promete un estudio sobre *Andanzas...* pero parece que no llegó a publicarlo, parco como era en su producción de crítica literaria en prosa. Pero nos demuestra la asiduidad y devoción continuada de Machado hacia los libros de Unamuno, tal y como el poeta había dicho —en su más puro y perfecto medio de expresión— en 1913:

«Libros nuevos. Abro uno
de Unamuno.
¡Oh, el dilecto,
predilecto
de esta España que se agita,
porque nace o resucita!
Siempre te ha sido, ¡oh Rector
de Salamanca!, leal
este humilde profesor
de un instituto rural» (PC, CXXVIII).

En artículo publicado en *El Sol* (17 de noviembre de 1935), vuelve a deshacerse Machado en elogios hacia el «sabio» pero, sobre todo, vuelve a recalcar el poder de incitación de quien viene a:

«dar cuerda a muchos relojes —quiero decir a muchas almas— parados en horas muy distintas y a ponerlos en hora por el meridiano de su pueblo y de su raza» (*Art. cit.*).

La actitud ante la muerte de Miguel de Unamuno, su vinculación con Heidegger y Kierkegaard, su radical y esencial cristianismo, son aspectos fundamentales de lo que Machado consideraba como «invariables» más positivas y de mayores alcance en las obra del Rector de Salamanca, y sobre ello volverá en artículos no dedicados a don Miguel (32).

He de referirme finalmente a un artículo «pedagógico» que apareció sobre Unamuno en *El Porvenir Castellano* (2, 4-VII-19-12). Si no lo he citado antes es porque el artículo apareció sin firma y —por tanto— aunque admitamos, con José Tudela, las pruebas de paterni-

(30) Véase A. de Albornoz y G. de Torre: *Op. cit.*, pp. 919 y 927.

(31) *Ibidem*, pp. 927-928.

(32) Véase: «Miscelánea apócrifa: Notas sobre Juan de Mairena» en «Hora de España», 13 (1937) y Comentario a Charitas de Joaquín Xirau. «Hora de España», 20 (1938).

dad (33) es imposible tener una certeza absoluta (lo mismo ocurre con otros breves dedicados a Azorín, Valle, Baroja, a los que no me referí). El autor de este breve sobre Unamuno, casi con toda seguridad Machado, no hace sino resumir para el futuro lector soriano las características de la obra de don Miguel y lo hace como preámbulo a un texto de Unamuno que recoge el periódico. Frente a Menéndez Pelayo, archivo de la cultura tradicional, Unamuno bucea en la tradición en busca de lo que puede convertirse en mañana, haciendo ciencia viva, humanizando el libro, por lo que influye en todos sus contemporáneos como flagelador de espíritus en contra de la moda nacional, lo que le aproxima a Costa y Giner de los Ríos. Califica la obra de inquietante y sugestiva y al autor de místico, poeta, pensador y maestro. Pero la intención fundamental del artículo era incitar a la lectura, pues no sólo da la relación de obras publicadas por Unamuno, sino la editorial que lo hizo y apostilla «se venden en las librerías de Soria».

Nada he dicho hasta aquí del pensamiento de Machado sobre Unamuno novelista, pues lo que le interesó realmente fue el Unamuno filósofo hasta el punto de llegar a afirmar en una carta de 1914 que a partir del *Sentimiento trágico* «se puede hablar de una filosofía española, de esa filosofía tan arbitrariamente afirmada como negada antes de su libro» (34). No obstante, Machado, en carta a Unamuno de 21 de marzo de 1915, formula un atinado juicio sobre *Niebla* que muestra hasta qué punto se identificó y compartió el total de la obra de don Miguel:

«Mil gracias por su *Niebla*, que leí de un tirón con el deleite y avidez con que leo cuanto usted escribe. Portentosa me parece de honda realidad su novela y de humorismo, aunque desoladorá. Fraternalmente simpatizo con su Augusto Pérez, ente de ficción y acaso por ello mismo ente de realidad» (35).

Acierta a calar lo que es el sentido fundamental de la novela, aunque —repito— su atención preferente se dirigiera hacia obras «de pensamiento» y no hacia la ficción.

Quizá hubiera que coronar este apartado con unas consideraciones de la influencia de Unamuno en Machado y, a su vez, de Machado en Unamuno, además de prestar atención a las numerosas ocasiones en que el propio Unamuno se ocupa de la obra del poeta. Ya

(33) «Insula», 216-217 (nov.-dic., 1964). Se reproduce el artículo en este mismo número.

(34) García Blanco, M.: «De la correspondencia de Miguel de Unamuno», New-York. Hispano Institute, 1957, pp. 2-22.

(35) *Ibidem*, p. 25.

dije que esto desbordaba las pretensiones de este artículo. Prefiero, como final, tomar prestados algunos versos de su «A Don Miguel de Unamuno» que recogen, esencializando en palabra poética, todo su sentir hacia el maestro de Salamanca:

*«Este donquijotesco
don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,
lleva el arnés grotesco
y el irrisorio casco
del buen manchego. Don Miguel camina,
jinete de quimérica montura,
metiendo espuela de oro a su locura
sin miedo de la lengua que malsina,
(...)*

*Quiere enseñar el ceño de la duda
antes de que cabalgue, al caballero;
(...)*

*Tiene el aliento de una estirpe fuerte
que sonó más allá de sus hogares
(...)*

*Quiere ser fundador y dice: Creo;
Dios y adelante el ánima española...
(PC., CLI.)*

Ortega y Gasset

La otra gran admiración intelectual de Machado fue hacia José Ortega y Gasset. Su homenaje en verso (probablemente de 1915) es muy explícito acerca de la opinión que le merecía el «joven meditador»:

*«A ti, laurel y hiedra
corónente, dilecto
de Sofía, arquitecto.
Cinzel, martillo y piedra
y masones te sirvan; las montañas
de Guadarrama frío
te brinden el azul de sus entrañas,
meditador de otro Escorial sombrío.
Y que Felipe austero,
al borde de su regia sepultura,
asome a ver la nueva arquitectura,
y bendiga la prole de Lutero» (PC., CXL).*

Por su parte Ortega había comentado elogiosamente, ya en 1912, la poesía de Antonio Machado (36).

(36) Ortega y Gasset, J.: «Los versos de AM» (julio, 1912) en OC. I, Madrid, Revista de Occidente, 1961, pp. 563-66.

En 1915 publica Machado en *La Lectura* (núm. 169) un extenso estudio sobre *Meditaciones del Quijote*, a mi juicio pieza magistral en el conjunto de la obra en prosa de Machado. Posteriormente, y sin que podamos fecharlo ni siquiera por aproximación, escribe una nota en *Los complementarios*: «Sobre Ortega y Gasset». Comenzaré refiriéndome a ella, pues se trata de una visión de conjunto sobre la obra y la persona de Ortega.

Machado en la nota de *Los complementarios* se propone responder a una serie de preguntas que él mismo se formula: el prestigio entre la Juventud «progresiva»; la impaciencia con que se esperan y leen sus libros; lo que representa en su España el joven maestro; su voluntad de artista y pensador..., etc. Pero intenta, sobre todo, explicarse por qué se creó en torno a Ortega un ambiente de espera, impregnado de simpatía, que le permite un triunfo extenso, una difusión amplia que supera con creces la de los viejos maestros: Ganivet, Unamuno, Baroja, Azorín, Valle-Inclán —que tuvieron que luchar, a veces, contra la indiferencia y aun la hostilidad— aunque sus obras «tuvieran mucho nuevo que revelarnos». Machado, no sé si con plena consciencia, incide en lo que es problema medular de la obra de Ortega, a la luz de la crítica contemporánea, y en uno de los aspectos que más se le han criticado, hasta llegar a afirmar falta de profundidad envuelta en un mañoso esteticismo. Las indagaciones de Machado no van por estos derroteros, pues comienza afirmando su fe en el talento de Ortega. Tampoco admite que la razón del éxito se deba a que Ortega fue revelado al público «en trabajos que parecían interesados en influir en la política española», pues —con cierta amargura— reconoce Machado que:

«lo que interesa a los más, en política, es la perspectiva de un acta o de un destino, precisamente lo que nadie puede esperar de Ortega» (A. de Albornoz: *Antología*, III, p. 184).

Creo que acierta plenamente — y aun lo expresa en prosa orteguiana— al presentar lo que él juzga la razón del éxito de Ortega, razón que define la obra toda del pensador:

«Ortega y Gasset representa, a mi entender, en primer término o en primer plano, un gesto nuevo: el gesto meditativo; es el hombre que hace ademán de meditar. Este es un estilo, y el estilo es el ademán del hombre. No confundamos el ademán con lo que los franceses llaman *pose*, y ahorremos definiciones» (*Ibidem*).

El extenso comentario a *Meditaciones del Quijote* es, más que nada, una aguda y penetrante crítica de la novela cervantina con un plan-

teamiento que —al decir de J. M. Valverde (37)— sería hoy envidia de Roland Barthes y demás teóricos de la *écriture*, porque —para Machado— la grandeza del *Quijote* está en su impersonalidad expresiva, en haber aprisionado «enorme cantidad de lengua hecha», no en haber manifestado el pensamiento o el sentimiento del propio Cervantes. Machado se pregunta, en páginas —a mi juicio magistrales y muy por encima de su restante producción en prosa— por el sentido último del *Quijote*; medita sobre su intención; la evolución y razón de ser de su comicidad; el arraigo en el alma hispana cuando se interroga sobre su destino; el triunfo del Quijote —personaje— sobre el propio libro de Cervantes..., etc. A todas estas preguntas no han contestado los eruditos y filólogos de medio pelo que caen sobre el *Quijote* «como bandadas de estorninos en olivar» pero que dejan intacta la obra «aunque sobre ella lluevan Clemencines de punta». Sus ataques a los eruditos —aspecto importante para conocer su pensamiento —son constantes; los considera acarreadores de material y, por ello, muy por debajo del arquitecto que elabora, construye e interpreta. En este sentido valora extraordinariamente el libro de Ortega sobre el Quijote y, también la *Vida de Don Quijote y Sancho* de Unamuno que: «derriba el estrecho recinto de cartón piedra que los cervantófilos de hasta entonces habían levantado en torno al *Quijote*». Compara las interpretaciones de Unamuno y Ortega, para insistir en que no vienen del campo de la erudición sino del de la filosofía, por lo que el libro de Cervantes tiene para ellos muy distinta significación y los resultados son —a su juicio— mucho más valiosos. Si Unamuno se propuso hacer obra de vida de lo que era y sigue siendo para los más literatura; Ortega se propone investigar la fuente originaria: el *Quijote* cervantino, el quijotismo de Cervantes. Para ello hace un esfuerzo a fin de distraer la vista de Don Quijote y verterla sobre el resto de la obra, intentando apresar el estilo cervantino del cual el *Quijote*, obra literaria, es sólo una condensación particular, porque el individuo Don Quijote es un individuo de la especie Cervantes. En sentido global captó muy agudamente, Machado que el intento de Ortega iba encaminado a descubrir el quijotismo del libro y no el quijotismo del personaje, intentando librarse así de los errores —a veces grotescos— nacidos de considerar aisladamente a Don Quijote. No me parece necesario aludir aquí a las enormes repercusiones posteriores de la concepción orteguiana.

A propósito del prólogo del libro de Ortega, hace Machado unas penetrantes e inteligentísimas consideraciones sobre la concepción

(37) Valverde, J. M. Op. cit., p. 162.

orteguiana de amor, conocimiento y moral y sus vinculaciones. En este sentido resume lo que considera la característica distintiva del pensamiento de Ortega:

«Si amar las cosas no es comprenderlas, siempre será establecer con ellas una relación de intimidad. De todos modos, parece que el problema de conocer —y no de conocer por conocer, ni el de conocer para vivir, sino para construir— es el que preocupa y apasiona al joven maestro. Una preocupación arquitectónica es, a mi entender, la característica de Ortega y Gasset) (Art. cit., A. de Albornoz: *Antología*, III, p. 165).

Exactamente lo contrario a la más rastrera erudición, tan denostada por Machado, no sólo por su incapacidad arquitectónica sino por el beocio desprecio que sienten hacia cuantos ponen un poco de fantasía en sus interpretaciones.

Machado se detiene en el platonismo de la concepción del amor en la obra de Ortega y en sus ataques a la moral utilitaria, pues —por su fondo de educación kantiana— considera antagónica la idea de utilidad y de moral. No es momento ni lugar este para mayor detención en el estudio de las ideas filosóficas de Machado y su manifestación, en este caso, a propósito del pensamiento de Ortega. Si nos interesa, en cambio, señalar que Machado ejerció una crítica en profundidad de los libros de pensamiento con aportaciones muy pensadas y originales. No cabe decir otro tanto, en cambio, de sus juicios estrictamente literarios que, por otra parte y como hemos visto, suelen conducir hacia aspectos transcendentales, ajenos, casi siempre, a problemas formales y meramente textuales. En su proyecto del discurso de ingreso en la Academia de la Lengua, había confesado con toda humildad que no era humanista, ni filólogo ni erudito, que pobres eran sus letras, que estudió con ahínco la filosofía pero no la literatura, que era poco sensible a los primores de la forma, la pulcritud y la pulidez del lenguaje cuando no había un contenido de garantía... pero lo que dijo, a otro propósito, para su poesía puede aplicarse —como resumen en sus propias palabras— a todo su hacer de crítico:

*«Desdén las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos» (PC., XCVII).*

JOSE MARIA DIEZ BORQUE